

Misa Crismal 2011

Queridos hermanos sacerdotes y queridos fieles todos:

Estamos reunidos en torno al altar en esta liturgia de la Misa Crismal, un grupo de presbíteros con su obispo, acompañados por una numerosa representación de fieles, haciendo visible así la unidad a la que nos llamó Cristo en su Iglesia. Por ello os agradezco a todos cuantos asistís a esta celebración, que hayáis venido a acompañar a los presbíteros en la renovación de sus promesas sacerdotales, además de participar en la bendición y consagración de los Santos Óleos.

Ha resonado en nosotros, los presbíteros, de un modo especial el Evangelio que se ha proclamado: *“El Espíritu del Señor está sobre mí”*... Es cierto que el Espíritu Santo habita en todos los seguidores de Cristo; pero a ello añadimos que lo hace de una forma particular y muy especial en aquellos que han sido llamados a ser sus ministros. Si tenemos conciencia de que es el mismo Espíritu de Dios quien vivifica la existencia de la Iglesia, entonces los diversos carismas y vocaciones suscitados por Él, lejos de entrar en competencia y de solaparse, se iluminan y enriquecen mutuamente.

Quiero comenzar la reflexión de esta homilía, sirviéndome de una pregunta un tanto inusual, que incluso pudiera resultar algo “provocativa”: ¿Jesús de Nazaret fue laico o presbítero? ¿Fue seglar o sacerdote? Soy consciente de que la pregunta tiene algo de extemporánea o anacrónica; pero también resulta legítima, en la medida en que nos ayuda a acercarnos al misterio de la Persona de Jesucristo, así como al ministerio que el Padre le encomendó.

Según la ley levítica del Antiguo Testamento, ciertamente, Jesucristo no era sacerdote, ya que no pertenecía a la tribu sacerdotal de Israel. Su ascendencia era davídica: Jesús pertenecía a la tribu de Judá... No obstante lo anterior, en el salmo 110, en el que se profetiza la llegada de un mesías, que será simultáneamente “rey” y “sacerdote”, se proclama la expresión: *“Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec”*. Efectivamente, de Melquisedec, rey de Salem, se dice que era *“sacerdote del Dios Altísimo”* (cfr. Gn 14,18), a pesar de no ser de la estirpe sacerdotal de Israel, y a pesar de no conocerse su origen.

La imagen de Melquisedec fue tomada por la Carta a los Hebreos, para afirmar que Jesucristo es sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec (cf. Hb 5, 6). Nuestra liturgia confirma esta gran intuición de la Carta a los Hebreos, cuando en vísperas de Pentecostés celebramos la fiesta de “Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote”.

Así damos respuesta a la pregunta de partida: Jesús de Nazaret no era sacerdote según la concepción del Antiguo Testamento (aunque de alguna manera estaba prefigurado en la misteriosa figura de Melquisedec); pero, sí es sacerdote del Nuevo Testamento; es más, Él es quien inaugura el nuevo sacerdocio: ¡Jesús, único Sumo y Eterno Sacerdote! Si nosotros nos decimos sacerdotes, lo somos sacramentalmente, por la participación del único sacerdocio de Cristo.

Añadimos ahora una segunda pregunta a la anterior: ¿Jesucristo fue sacerdote de nacimiento, o fue constituido sacerdote a lo largo de su ministerio? Nuevamente recurrimos a otra cuestión un tanto sorprendente, pero que puede ayudarnos a profundizar en el misterio del sacerdocio de Cristo.

A la hora de responder a esta pregunta, ha habido dos líneas teológicas fundamentales en la tradición de los Santos Padres de la Iglesia. Bien es cierto que las dos explicaciones son complementarias, y no tienen por qué excluirse:

A) Por una parte, está la línea patrística que explica el sacerdocio de Jesucristo por la naturaleza de la Encarnación: La Encarnación, la asunción de la condición humana por el Verbo, fue la que le constituyó a Cristo en sacerdote. Desde esta explicación, se subraya el sacerdocio como la mediación entre Dios y el hombre. El sacerdocio ejerce el ministerio de “puente” entre la orilla de la divinidad y la orilla de la humanidad.

Nos viene a la mente la imagen veterotestamentaria del arcoíris, en la que se prefiguraba la Alianza que Dios establecería con el hombre. Algunos Santos Padres comentan esta imagen como una prefiguración de la humanidad de Cristo, puente entre Dios y el hombre.

(Por cierto, si se me permite un pequeño excursus, es curioso que en el dialecto gipuzcoano de la lengua vasca, se haya utilizado la expresión “Erromako zubia” (literalmente, “puente de Roma”), para designar el arcoíris. ¿Qué puede haber detrás de esa expresión? ¿No será una referencia de la sabiduría popular, profundamente cristiana, al hecho de que la Iglesia es continuadora de la mediación de Cristo entre Dios y los hombres?)

B) Pero por otra parte, existe también otra línea teológica en los Padres de la Iglesia, que explica el sacerdocio de Jesucristo, no tanto por su Encarnación, como por su Pasión: Jesucristo ha sido constituido Sacerdote por su Pasión, Muerte y Resurrección.

Se trata de la intuición de la Carta a los Hebreos, en la que se remarca que el verdadero Sacerdote habría de ser capaz de tener misericordia de nosotros. Y para ello, era necesario que hubiese pasado por nuestras mismas pruebas y soportado nuestros mismos sufrimientos. Y ésta es una de las razones de ser de la Pasión de Cristo. Dios quiso compartir la cruz de los más probados, para unirse con toda la humanidad, de forma que pudiese remodelarla por el sufrimiento y el amor: *«...Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas. Él las ha experimentado todas, menos el pecado. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar la gracia en el momento oportuno»* (Heb 4,15-16).

Dicho de otro modo, según esta línea de la patrística, continuadora de la intuición de la Carta a los Hebreos, Jesús fue consagrado sacerdote en la Pasión, cuando llegada la hora de la Cruz para la cual había venido al mundo (cf. Jn 13, 1), cargó con los pecados de toda la humanidad.

Partiendo de esta doble explicación del origen del sacerdocio de Cristo (dos explicaciones compatibles entre ellas, como decíamos), podemos aplicar la analogía de la fe, para entender que también nuestro sacerdocio sacramental tiene este doble inicio: Por una parte, el sacerdocio tiene su origen en la configuración sacramental con Cristo, gracias al Orden Sacerdotal. Pero a esto se añade también que cuando el sacerdote experimenta personalmente la “pasión” y la “cruz”, entonces participa en plenitud del sacerdocio de Cristo (cf. Col 1, 24). No en vano decimos que el sacerdote está llamado a compartir el sufrimiento de cuantos se le han encomendado, presentando ese dolor en el Sacrificio de la Eucaristía, unido a la Cruz de Cristo. El presbítero participa entonces con Cristo, de su condición de sacerdote, víctima y altar.

Vamos a concluir esta homilía con unas palabras de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI en su reciente libro “Jesús de Nazaret”, referentes a la Ascensión del Señor a los Cielos, en las que se evoca el sacerdocio de Cristo: *“En el gesto de las manos que bendicen se expresa la relación*

duradera de Jesús con sus discípulos, con el mundo. En su Ascensión, Él viene para elevarnos por encima de nosotros mismos y abrir el mundo a Dios. Por eso, los discípulos pudieron alegrarse cuando volvieron de Betania a casa. Por la fe sabemos que Jesús, al bendecir, tiene sus manos extendidas sobre nosotros. Ésta es la razón permanente de la alegría cristiana”.

En el momento en que Cristo va a desaparecer de la vista de sus discípulos, hace el gesto de la bendición. Esto nos sugiere que el sacerdote, en su ministerio de bendecir, es una prolongación de la vida de Cristo entre nosotros. Tras su Ascensión a los Cielos, la Iglesia -el Cuerpo Místico de Cristo- le sigue haciendo presente, especialmente a través del sacerdocio ministerial. Cuando los sacerdotes bendicen, es Cristo quien bendice. ¡Acojamos esta bendición, viviendo alegres y llenos de esperanza, porque la gracia de Dios sigue derramándose por manos de los sacerdotes!